

# EL DEFENSOR DE CUENCA

SUSCRIPCIÓN

Capitol, mes. 0,40 cts. Fuera, trimestre. 1,50 pts.  
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES  
NUMERO SUELTO 10 CTS. — Anuncios según tarifa

DIRECTOR PROPIETARIO

DON DIMAS de MADARIAGA  
Diputado a Cortes

AÑO V NÚM. 166

Sábado 2 de Marzo de 1935

La correspondencia del periódico dirijase a la Imprenta

Administración: PARQUE CANALEJAS, 11, Tel. 167

FRANQUEO  
CONFERENCIADO

Semanario de Acción Social Católica y de información regional

## UN CASO DE HIPERESTESIA

CON AGUANTIFORMO, MUY BIEN

Cuesta trabajo creerlo. Pero por lo visto aquí no se admite más que la actitud de aguante.

Que no se nos toma en consideración en la política general a pesar de tener en el Parlamento la minoría más numerosa? ¡Ah! Pues nuestra obligación ya sabemos cuál es: aguantarlos.

Que no tenemos ni un sólo Gobernador que represente el mayor volumen de opinión que existe en España? Pues nada, no se queje usted, porque eso es una cosa naturalísima.

Que se renueven gubernativamente Ayuntamientos y lo primero que se exige en todos es una mayoría radical? Que eso se hace en provincias como la de Cuenca donde el promedio de votos obtenidos por ese partido en las últimas elecciones fue 29.797 contra 73.377 alcanzado por las derechas? ¡Ah! ¡No importa! Usted aguante, que es su obligación, y no me pregunte en qué argumento razonable me apoyo porque voy a tener que decirle el único: «Quia nominor leo».

Que se prescindir de nuestros concejales de aquí en toda función directora?

Que en el Ayuntamiento se modifican caprichosamente los acuerdos de las Comisiones, se comienza la explotación de canteras en los cuencos de la Catedral con acuerdo denegatorio de la Corporación, se consiente, sin castigo alguno, que un funcionario municipal amenace de muerte a un concejal derechista, coaccionando su actuación en las sesiones?

Pues nada. Sujétense bien los nervios. Aguanten un poquito más y a callar.

Que se tolera por todas las autoridades el espectáculo vergonzoso y grosero de la intervención del público en las sesiones municipales de manera tumultuaria y descompuesta, un día y otro día, insultando con lenguaje tabernario a nuestros ediles?

Pues nada. En nombre de la democracia sopórtelo. Ustedes son de buen corcho y tienen acreditada su insensibilidad. No protesten, porque nos molestaría mucho y ya saben ustedes lo que dice la copla:

No me rasques pelo arri,  
que me llamas el humor.

Pero... ¡claro! ¡Tanto va el cántaro a la fuente...! Que un buen día el mismo viento lo quiebra.

Y así ha pasado aquí. Y no es que la cosa haya tenido tan poca consistencia que se le pueda llamar precisamente brisa. No, de brisa no ha tenido nada más que la frescura.

Un buen día se entera nuestro Ayuntamiento de que los señores Alcalde y Secretario se han ausentado. La Corporación no sabe a donde han ido. Ignora por completo el objeto del viaje. Por uno de los porteros consiguen enterarse los concejales de que dichos señores hacen ya bastantes días que se marcharon; que el viaje ha sido a Madrid; que van a gestionar asuntos de interés para el Municipio, y que indudablemente debe tener el viaje ese carácter oficial, porque solicitaron y obtuvieron dinero de arcas municipales.

Por el mismo conducto se informan de que está despachando los asuntos de la Alcaldía, en concepto de Alcalde accidental, el cuarto y último Teniente de Alcalde, sin que ninguno de los anteriores haya sido requerido para ejercer esas funciones como establece la Ley. En fin, el remate de toda una actuación. ¡La banderita de la tartal!

Pues bien. Llega la primera sesión. El aguantoformo, por lo visto, se ha terminado. Desaparece la anestesia. Unos señores que sienten ese pinchazo y se atreven con débil voz a exhalar una queja...

¡Nunca lo hubieran hecho! El Sr. Alcalde, sin poder soportar tamaña audacia, se levanta airado del sillón y con sus cuatro concejales amigos sale protestando del salón. ¡¡MANIOBRA!! ¡¡MANIOBRA!!

Pero... ¡señores! ¡Qué paciencia se necesita...!

## COLOFÓN

Gil Robles. Discurso de Gijón. 25 de febrero.

«Estamos haciendo un ensayo de generosidad y sacrificios. Somos los más y tenemos la representación menor. Somos el partido de mayor masa y estamos viendo que otros dirigen. Queremos, repito, hacer un ensayo sin prisas.

Cuando veamos que ningún otro partido, ni ningún otro hombre realiza el programa que España precisa, entonces ocuparemos el Poder, y si no se nos dan sus riendas, iremos al pueblo a decirle si quiere ir a la ruina con la política extremista o salvarse con nosotros».

Sin prisas... ¡Bien! Pero la paciencia tiene un límite. ¿No será sintomático lo ocurrido en el Ayuntamiento de Cuenca?

## Consultorio Público

**Artista. (Honrubia).**—Es todo lo contrario de lo que usted opina, amable consultante. La idealidad del artista y la naturaleza real, son indispensables para producir la obra de arte, y lejos de contradecirse, como pretenden muchos de los llamados naturalistas, se hermanan y se confunden en el misterioso laboratorio del genio. El artista es el eslabón, la naturaleza la piedra, la idealidad da el golpe, y la chispa brota: es la obra del arte. Oculta estaba en el fondo de aquellos dos elementos materiales. ¿Quién la veía? Sólo aquel a quien Dios ha concedido ojos en la fantasía para ver el espíritu bello de todas las cosas, espíritu en

cierto modo invisible como nuestra alma, pero como ella existente y real.

**Unionista. (Utiel).**—¡Ahí está el secreto! Dese en los católicos la unión de muchas inteligencias, el concierto de voluntades que demanda la misma doctrina, la propia virtud que profesamos, y el triunfo será nuestro en nuestras contiendas con la revolución; pero si en vez de la agrupación compacta, se encuentra sólo la dictadura personal; en vez de estimación no se da más que menosprecio; en vez de la buena disciplina, de la fusión, de la atracción de fuerzas católicas, se adoptan unos procedimientos, una conducta toda de repulsión, toda de disgregación de cosas y personas, nada bueno puede esperarse, nada útil, nada provechoso en favor de

la causa católica. Los males de la revolución se hacen puesto y se afirman, siempre que encuentran el terreno vacío y libre de las fuerzas contrarias, de las fuerzas católicas unidas y organizadas. Hace usted muy bien, por tanto, en trabajar por la unión más estrecha entre todos esos elementos.

**Patriota. (Casa de Cuenca en Madrid).**—No estamos documentados para contestar; pero «la ocasión la pintan calva». Asista usted a la conferencia que ha de dar el Padre Zircó en el ciclo de las organizadas por la Asociación Nacional de Historiadores de la Ciencia Española, en el salón de actos de la Unión Ibero-Americana de Madrid, y seguramente oírá usted lo que desea saber en orden al polígrafo con que se confunde Lorenzo Hervás y Panduro.

**Curiosilla. (Cañada Juncosa).**—De acuerdo. Es usted curiosilla de veras. ¡Mujer, al cabo! Pero es el caso que no podemos satisfacer su curiosidad. Si me pidiera usted una definición actual del Duende de la Guindalera, ya sería otra cosa. Actualmente el Duende de la Guindalera es un ser rodeado de «gripe» por todas partes. Por lo demás, no hay medio de saber si es alto o bajo, serio o risueño, gordo o flaco, con bigote o sin él, etc. etc. No se preocupe usted de esas pequeñeces.

**Ignorante. (Cuenca).**—No sé si será usted ignorante o no, pero el pseudónimo le cuadra a maravilla en el asunto concreto que motiva la catilinaria que nos dirige. Ya se ve que pertenece usted al número de esos señores que se llenan como los únicos buenos, como los mejores en todo; que se reservan hacer solos, en un día dado, el bien íntegro, todo el bien que sólo veremos en el cielo, y luego, no sólo exigen, sino que creen deber esperar todo el bien de los que no pertenecen a ese número. El señor Gil Robles con la C. E. D. A. se propone, no sólo hacer el bien posible, sino evitar también el mal, y lo estamos viendo en los ministros que tienen en el actual Gabinete. No es, como ustedes dicen, ningún mal menor. Será, bajo el punto de vista de usted y los suyos, un bien menor, porque el bien mayor lo han acaparado ustedes, pero no olvide que frecuentemente lo mejor es enemigo de lo bueno.

¿Quiere saber nuestra opinión en orden al asunto objeto de su última preguntilla? Pues allá va sin circunloquios: un católico está obligado, obligadísimo, en circunstancias como las presentes, a defender al actual Gobierno, aunque haya entre sus componentes la mezcla que usted dice, cuando se está enfrente y es contra un radicalismo revolucionario, cada vez más amenazador, que quiere destruir los principios básicos de la sociedad.

**Firme siempre. (Tarancón).**—¿Dice usted que la verdad triunfa siempre, y por eso la propagación del error no ha menester represión ni correctivo? Y ¿añade usted que la infame tarea de los enemigos de toda autoridad no puede arrastrar a las naciones a la boca de un abismo? De eso a mirar con indiferencia los ataques de palabra y de obra a cualquier autoridad y, por tanto, a la única que da a todas las raíces en lo íntimo de la conciencia, no hay más que un paso... Así miran cosas tan graves los tibios en la fe, pensando que lo que va con cualquiera autoridad, pero señaladamente con la religiosa, no va con ellos, porque olvidan que todas están de tal manera ligadas entre sí, que agravar a una es agravar a las demás, y si una cae, todas la seguirán, no dejando sobre el suelo español regado con el sudor y la sangre de tantas generaciones cristianas, dóciles, pacíficas y virtuosas, otra cosa que el imperio absoluto de la barbarie.

**El Duende de la Guindalera.**

**Se vende**  
la casa núm. 3 de la calle de Severo Catalina, (antes Pílares), de esta ciudad. Informes en la misma casa.

## Tipos, costumbres y palabras de un pueblecillo manchego

(CONVERSACIONES)

VIII

FALERO

—¿De verás qu'entodía usié con Falero no s'ha trompezado?  
—Como te lo digo, Vicente.  
—Ha tení usié que cruzalo cien ocenas de veces ende qu'está n' el lugar.

—¿Ya medlo año?  
—Con estar media hora pu' aquí hasta y sobra p' habelo encontrado.  
—¿Es que está en todas partes?

—Cuasi.  
—¿Cómo es: fino, grueso...?

—Gordico; ya no cumple los cuarenta años; cara reonda, colorá, fresca; los ojos chiquillos, pardos; la gracia erramándola siempre a un punto e salíe los labios en piropo a toas las paisanas u en chuffas pa tós los paisanos; lleva remangao'l camisión digu' el codo y al aire los brazos.

—¿Curtos, peludos, reondos, con cá vena igual c' un espárrago y cá pelo c' untao de cera sirviera pa punta e cabo—; el chaleco medio e botones... que se pierden sin ves' abrochao; la brasa'n un hombro colgá lo mesmo'n invierno y verano; el cocote sin ná que lo lape y el pito, de mu mal tabaco, sin caes e su boca, y con lumbre a sin ella, la mitá mascaco; pantalón mu pegao y esluco; spargates sin trenzas y blancos; un brazo lapao por la brasa y el otro, en camisa, colgando; la mirá mu alegre colina; corticos y firmes los pasos com' diciendo: Aquí va Falero, el que sirve a tós bien y al contao.

—Ya he visto a Falero por fuera.

—¿Qui' usié velo por dentro?

—Vamos a ello por si vale la pena.

—Si la vale. Escúchem' un rato. Trabajánde irabajen otros; es un hombre mu formal y honrao; cuant' ofrec'e en punto lo cumple por c'odia y reodía'l engañfo; en la casa es un cacho e pan; mujer y chiquetes sus amos y señores de lo c'hay allí.

—¿Poco, pero qué bien ganao!—; carretero, y güeno, es su oficio, le llueven y sobran encargos, c'almí, enriega y los sirven pa caler' algún nuevo trabajo; al ves' s' arroja e la cama; las siegas las pasa en el tajo, y ya bien de noch en tó'l mundo s' oyen tadá sus mazazos; si en la familia uno escarilla Falero sale a encarrilao; si riñen dos fros vecinos por un retrás algún pago, porque dos chiquetes s' enfadan y uno sabude a oír un canzato, si qu'ir d' hombre güeno Falero y metese a deseparalos.

—Es, ya veo, el «ungüento amarillo».

—Es, créam' usié, aquí necezarlo.

—¿No tiene defectos?

—¡Un carrol; pero cuand' un hombre u mujer,

—que víe a ser lo mesmo pa'l caso—, es güeno por dentro, ¿qu' importa casom'en la orej' algo malo?

—¿No leen los ricos: «Tamién cansa tirale a toas horas al negro»?

—¿Y de qué flojea?

—Mal de irago.

—No entiendo.

—Pos está, me parece, igualico qu' el agua e claro.

—«Mal de irago» s' ice que tiene el qu' empuja y no baj' al brazo corriendo al beber; que irastega mucho; qu' es, lo iré, algo borracho.

—¿Y beber es para usted poco?

—Natural, hombre! El c' al trabajo s' enriega y le da toas sus fuerzas merece, además d'almirato, que tenga comia bastante y un duro en el arco guardao con el que mercase los suyos y él siquió lo más necezarlo, porque, si le falta comia,

si nunca en la casa n' un cuarro, ¿podr' algu'na pidie güenuras al que vive tan desamparao y sabe que s' hinchán de tó muchismos más perros y malos?; si los fros terían de hambre, lo ve y no hacé lo que puede caso, ¿está mal cambiar la calor del pan por la c'arrol' un irago?

—Visto así...

—Qu' es como ha de verse. Y estarán del tó, pa mí, salvao si los que s' echan, no por vicio, sino por lo que ya ije, un vaso, cuadian c' al pimpiar sea güeno vino no d' eso d' extranías, lan mezcla qu' está malísimo, qu' es veneno...

—Lo exajera usted; no es tanto.

—Será más. And' est' el d' aquí que se quiten tós. ¡Venga un jarro!

Julián Escudero Picazo

Madrid, 20 Febrero 1935.

Dr. Trifino Álvarez Maribona

OCULISTA

Consulta diaria de 10 a 12

Mariano Catalina, 58.—Cuenca.



OTRA VEZ

## LAS ALDEAS

¿Para qué valen las Diputaciones?

Nuestras aldeas yacen en el más vergonzoso estado de desamparo por parte de los poderes públicos.

Muy bello es sentirse Horacio y empuñar la lira para cantar, muellemente tendidos a la sombra de las yedras, las excelencias de la vida del campo, infinitamente superior en encantos a la que viven en la ciudad los que habitan suntuosos palacios, obra «del sable

moro, en jaspes sustentados...» Pero lo real es que nuestros pueblos, lejos de ser la Felice Arcadia, se hallan sumidos en un estado de degradación material y moral que es a un tiempo una terrible acusación y una callada amenaza contra nuestros desprecupados organismos administrativos.

Dijo un poeta:

«He dormido en la majadal Blasfemaban los pastores Maldiciendo la fortuna de los amos y señores Que habitaban los palacios de la mágica ciudad; Y gruñían rencorosos como perros amarrados Venteando los placeres y blandiendo los cayados Que heredaron de otros hombres como cetros de la peza».

¿Cómo han de callar su enojo los campesinos si les consta que con su dinero viven rodeados de comodidades los habitantes de la ciudad, mientras ellos arrastran en la aldea una existencia miserable? Miserables las casas, miserables las calles, miserables los alimentos, miserables los vestidos... Sólo una cosa no es en la aldea mezquina y miserable: los impuestos.

Dios dijo al hombre cuando le impuso el cultivo de la tierra como condición de vida: «La tierra sólo producirá para ti abrojos y espinas.» Los Gobiernos le dicen en el siglo XX enmendando a Dios la plana: «Sólo te producirá la tierra abrojos, espinas y contribuciones.» Así es bien explicable que la ciudad albergue a tanto desgraciado orlundo del campo. Lo cual, por otra parte, es una terrible acusación contra los que tienen cargo de amparar las aldeas.

Huye el campesino de la aldea por falta de apoyo, sencillamente. La desnuda realidad es que a la aldea sólo se la atiende dictando en la Gaceta y en los Boletines provinciales una serie de bandos, edictos y conminaciones que no llegan a oídos de los labriegos. Dijo Mario excusándose de haber cometido en la guerra algunas cosas contra las leyes de la Patria, que «no las había oído con el ruido de las armas». Tampoco se cumplen en los pueblos las sabias disposiciones de los organismos gubernamentales porque «no las oyen con el ruido de los azadones.» El trabajo les roba todo el tiempo, si han de poder vivir los pobres labradores.

Por eso, conociendo la condición de nuestras aldeas, si verdaderamente se quisiera su prosperidad y bienestar se les «impondrían» las mejoras. Aunque ellas no las pidieran. Más aún: aunque no las quisieran. Imponerles las fuer-

tes, las carreteras, las escuelas... Y amortizárselas sobre los impuestos municipales a un plazo lo más largo posible para que los pagos les sean soportables. Y en fin, montar un eficaz servicio de «inspección» de esas mejoras.

Ni se crea que es difícil llevar cuenta de tantas cosas. Yo no sé de ninguna apartada aldea a donde no llegue el cobrador de contribuciones. Pues como puede atenderse a cosa tan enojosa como el cobrar, se podrá atender a lo demás.

Tales menesteres debieran correr a cargo de esos pomposos organismos que se llaman Diputaciones provinciales. La Diputación está para suplir las deficiencias de los municipios y podría definirse: «el ayuntamiento de los pueblos que no lo tienen». Y son tan pocos los pueblos que tienen ayuntamiento! El caciquismo impera aun mucho. Todo el tinglado de la vida municipal, en la mayoría de los pueblos, está movido por una sola persona (generalmente el secretario), que hace a la vez de alcalde, de concejales, de comisión permanente... y hasta de juez. Todo esto fingen ignorarlo las Diputaciones. Es más cómodo hojear expedientes en los confortables despachos de los negociados del «Palacio» de la Diputación, que peregrinar por los desolados caminos de la provincia palpando y remediando las necesidades de los pueblos.

Pero todo tiene su límite y su fin. La sindicación de los campesinos dará a España en no lejano plazo una organización política que ha de poner la ley a la ciudad. Y si entonces las Diputaciones no valen para lo que fueron creadas, es decir, para la prosperidad de los pueblos, tendremos que prescindir de ellas, como en la economía casera se arrinconan los trastos costosos e inútiles.

T. Revuelta Escribano

## Representante en Cuenca

Agente colegiado, bien introducido, industria y comercio, que viaje con frecuencia lo desea primera firma fabricación anuncios luminosos. Exigimos buenas referencias. Luminosos Pajares, Marqués de Leganés, 7, MADRID